

Carlitos y Snoopy, 60 años después

Muchas de las tiras de los Peanuts son tratados de filosofía existencial en dibujos. Dos libros recorren la biografía de su autor, Charles M. Schulz, y su mundo creativo en 2.000 historietas. Por José Manuel Sánchez Ron

CÓMO EVALÚA un crítico algo que le ha acompañado, y que ha querido, desde hace tanto que ha perdido la cuenta del tiempo transcurrido? Éste es el problema al que se enfrenta en la presente ocasión quien escribe estas líneas. Porque ha sido fiel a la pandilla de los Peanuts, los Charlie Brown (Carlitos), Snoopy, Linus, Sally, Lucy, Schroeder, Peppermint Patty o Woodstock, el pajarillo de erráticos vuelos, desde hace tantos años que no puede recordar cuántos.

Antes de pasar a formar parte de la legión de seguidores de la pandilla Peanuts, había seguido a otros cómics legendarios, leyendo con avidez las aventuras del Capitán Trueno y del Hombre Enmascarado, los episodios de *Hazañas Bélicas* y también las historias de Disney (mis preferidos fueron siempre el pato Donald y el Tío Gilito), sin olvidar los que protagonizaban aquel ya casi prehistórico *TBO*, pero el grupo de Carlitos y Snoopy siempre tuvo para mí algo que ninguno de todos esos poseía: humanidad, una compleja y con frecuencia atormentada humanidad. Y además condensada en cuatro o cinco viñetas, no como las elaboradas historias de Tintín o de Astérix. Se trataba de un grupo de niños y de un perro, sí, pero ¡Dios mío, cuántos problemas y complejos sufrían!

Aun siendo muchas de sus historias inverosímiles —¿cómo va a ser posible encontrar a un perro que intenta componer una novela tecleando una máquina de escribir sentado encima de su caseta?—, algunas de sus angustias e inseguridades son también las nuestras. ¿Cuántos no se habrán sentido

como Carlitos, que buscaba siempre cosas que nunca conseguía? ¿Es acaso difícil entender que Schroeder ame con pasión a Beethoven y que desee convertirse en un gran pianista, practicando sin cesar en su piano de juguete? ¿No hemos soñado cualquiera de nosotros —al menos alguna vez, ¡santo cielo!— ser más de lo que parece nos corresponde? Y el egoísmo inaguantable de Lucy, ¿es raro en el mundo del que formamos parte? Muchas de las tiras de los Peanuts son, como todas las viñetas de El Roto, tratados de filosofía existencial en dibujos.

El creador de ese mundo tan imposible como real, Charles M. Schulz, nació el 26 de noviembre de 1922, publicó su primera tira de los Peanuts el 2 de octubre de 1950 y no dejó de dibujarlas hasta su muerte: falleció el 12 de febrero de 2000, y el día siguiente apa-

reció la última, en la que, sintiendo ya al lado el final, se despedía de sus lectores. Medio siglo imaginando y dibujando historias, construyendo un mundo social poliédrico que se fue diversificando a lo largo de los años.

Está bien que después de tanto tiempo, alguien, David Michaelis, se haya esforzado por producir una biografía bien documentada y argumentada de Schulz. Más allá de introducirnos en la historia personal del creador de Carlitos y Snoopy, algo que se hace y con bastante detalle (de hecho, con demasiado), el gran interés de este *Schulz, Carlitos y Snoopy. Una biografía* es que muestra el origen de algunos de los personajes de Peanuts. Así, comprobamos que Carlitos es poco menos que el áter ego del niño Charles Schulz y que el primer perro que éste tuvo se llamaba Snooky. El segundo, Spike, era, como Snoopy, un poco loco y un mucho payaso. La vieja cuestión de si los creadores inventan o se nutren, depurándolas, de sus vivencias, se decanta en el caso de Schulz por la segunda posibilidad.

Para celebrar los sesenta años de vida de los Peanuts se ha publicado otro libro que los homenajea mediante el sencillo procedimiento de reproducir, en gran formato, con una magnífica calidad y organizadas cronológicamente, casi dos mil de sus tiras. Incluido en un buen estuche, el libro pesa tres kilogramos y medio (una de mis hijas —que conoce bien a su padre— lo encontró en una librería de Zúrich y no dudó en emprender la en estos tiempos no tan sencilla tarea de incluirlo en su equipaje cuando vino unos días a Madrid en avión). Pero merece la pena, créanme, cargar con semejante tocho, esforzarse en mantenerlo abierto al ir pasando sus hojas. Junto a las tiras, los



De izquierda a derecha, Carlitos, Snoopy y Woodstock, tres de los personajes de Peanuts.

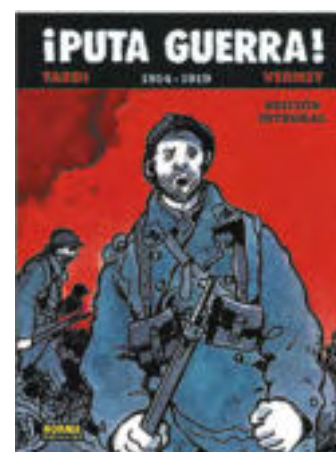
seguidores de este grupo encontrarán todo tipo de detalles. ¿Sabían, por ejemplo, que al principio la camiseta de Carlitos era blanca; la clásica con la tira en forma



Manu en la playa / La caca mágica
Ed y Diego Arandojo / Sergio Mora
Mamut Comics. Barcelona, 2010
48 y 40 páginas. 15 y 13 euros

“LOS TEBEOS son para niños”. Frase recurrente que cualquier aficionado al cómic ha sufrido con tono peyorativo y burlón... Y terriblemente errónea. Tanto porque la historieta es un medio que ya

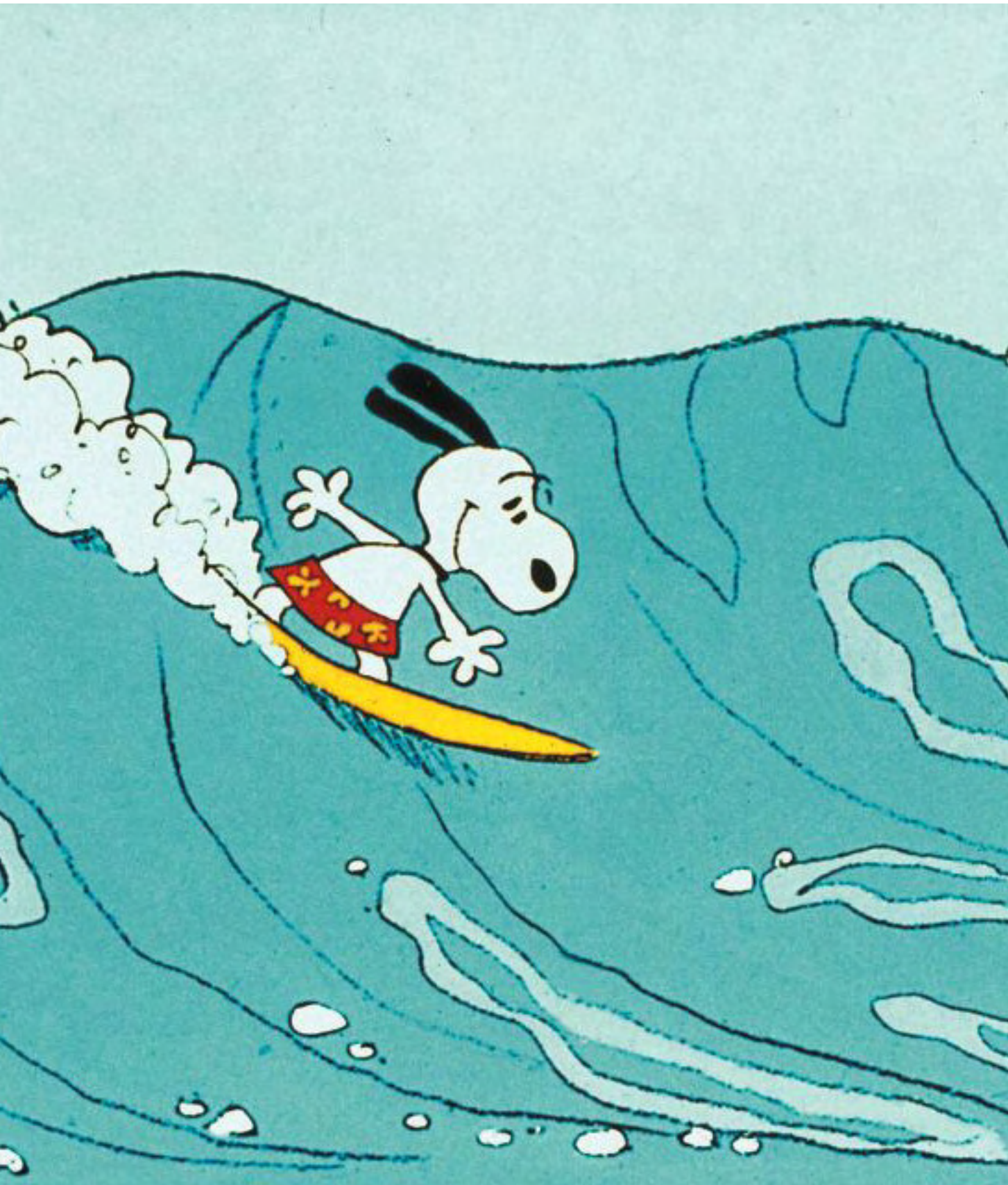
ha demostrado sobradamente su madurez, capacidad y ambiciones, como por la terrible realidad de que, lo que en tiempos fue una verdad, hoy es paradójicamente su principal carencia. A la vista de las novedades editoriales, el cómic es un medio fundamentalmente dirigido al lector adulto. La huida del tópico ha hecho desaparecer aquellas obras que tenían en el más pequeño su objetivo, aprovechando el indudable atractivo y la capacidad pedagógica que la historieta tenía para el lector infantil. Afortunadamente, los autores Ed Carosian y Maxi Luchini se han embarcado en la suicida empresa de reivindicar la necesidad de un tebeo infantil, que tiene en obras como *Manu en la playa* o *La caca mágica* su mejor exponente. Narraciones sin palabras que saben cómo lograr que el dibujo hipnotice al más pequeño desde una complicidad que no renuncia a jugar con el humor, la ingenuidad o incluso con ese punto gamberro de desvergonzada escatología que propone Sergio Mora. Obras deliciosas que atraparán también la mirada del adulto por su exquisita factura gráfica. **Álvaro Pons**



¡Putá Guerra!
Jacques Tardi y Jean Pierre Verney
Traducción de Enrique Sánchez Abulí
Norma. Barcelona, 2010
144 páginas. 20 euros

NO ES UNA SORPRESA encontrar una obra del dibujante francés Jacques Tardi (Valence, 1946) centrada en la Primera Guerra Mundial, un tema recurrente para el

autor que ha dado obras tan extraordinarias como *La guerra de las trincheras* y que toma presencia, de una forma u otra, en casi toda su comicografía. Más sorprendente es que, pese a la reiteración, el autor de *¿Huele a muerto o qué?* consiga siempre encontrar una perspectiva distinta que añada nuevos niveles de reflexión y análisis. Con la ayuda del historiador Jean Pierre Verney, el dibujante aborda una despiadada denuncia de la guerra y sus consecuencias, pero renunciando a la secuencia narrativa tradicional de la historieta. Compone así un retrato de instantáneas del horror que van acompañando el relato del guionista y que, paradójicamente, irán adquiriendo un sentido discursivo propio. Más allá de su función ilustradora, las imágenes se constituyen en una narración visual que se sobrepone a la palabra para encontrar su propia lógica, de una contundencia inapelable, brutal. Un doble discurso paralelo que se retroalimenta, reforzándose y multiplicándose hasta conseguir una de las obras más potentes y sorprendentes de este veterano autor. **Á. P.**

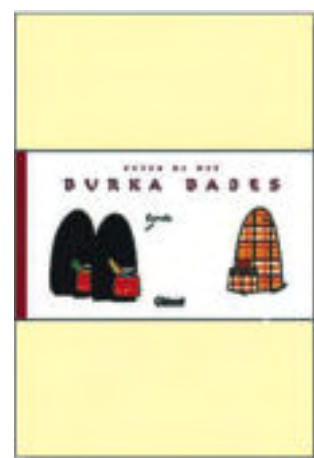


ideados por Charles M. Schulz.

de zigzag, que ya nunca abandonaría, llegó el 21 de diciembre de 1950? ¿Qué Schroeder recibió su primer piano en septiembre de 1951 y que reveló su amor por

Beethoven enseguida, el 26 de noviembre? ¿Que Lucy, la irascible hermana de Linus, la misma que aparta, una y otra vez, el balón de rugby a Carlitos cuando

éste está a punto de patearlo, apareció por primera vez con su *stand* de psiquiatra el 27 de marzo de 1959? ¿O que en junio de 1968, poco después del asesina-



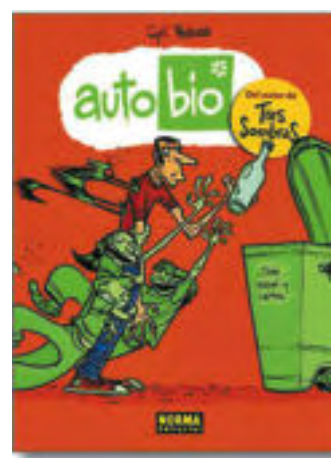
Burka Babes

Peter de Wit. Traducción de Huan Manwé Glénat. Barcelona, 2010. 64 páginas. 13,95 euros

PETER DE WIT comenzó a publicar tiras cómicas de mujeres con burka en el diario holandés *Volkskrant*. Es fácil dibujarlas: basta con trazar un objeto con forma de buzón negro y provisto de una estrecha

ranura. Lo difícil es suscitar una sonrisa. Es imposible resistirse a una crítica tan inteligente como divertida de una prenda más sudario que atuendo. “¡Qué mala pata!”, le dice una mujer a otra, “llevamos el mismo conjunto”, suspira. En otra viñeta, dos amigas arrastran una gruesa cuerda que sale de sus burkas. “¡Estos tampones afganos son una pesadilla!”, se lamentan. Unas páginas más adelante, ven a la presentadora del informativo invisible bajo la tela negra. “Se la ve ya muy vieja, ¿verdad?”, comentan. Habían nacido las Burka Babes, mujeres ocultas que charlan entre ellas sobre la sexualidad, los maridos, la religión, la moda, los hijos o las vacaciones, como se ha hecho siempre.

No hay nada más peligroso que el humor y, sin embargo, Holanda parece estar llena de artistas sin miedo y con humor en esta época turbulenta. Esta es la primera recopilación de Wit en España; la segunda acaba de aparecer en Holanda. No se pierdan estas viñetas irónicas, ácidas, surrealistas... También dramáticas, como esa en la que una mujer yace en el diván del psicoanalista y le dice: “Me miro al espejo y pienso: ¿quién soy yo?”. **Nuria Barrios**



Autobio

Cyril Pedrosa. Traducción de Eva Reyes de Uña Norma Editorial. Barcelona, 2010. 48 páginas. 9,95 euros

SER UN PROFETA “verde” requiere tiempo, fuertes convicciones y entusiasmo para no desfallecer ante los retos que plantean actos tan pequeños como hacer la compra. Pero

to de Martin Luther King, Robert Kennedy, un gran admirador de los Peanuts, animó a Schulz a que introdujese un personaje de color: Franklin, el niño negro, hizo su aparición el 31 de julio de 1968?

Desde hace tiempo suelo decir que si existiese semejante cosa, yo querría reencarnarme en cigüeña. Pero ahora que tengo en mis manos este libro, me entran dudas. Porque me ha dado la ocasión de recordar que el 10 de marzo de 1969 —cuatro meses, por tanto, antes que los astronautas Armstrong y Aldrin alunizaran en el Mar de la Tranquilidad con el módulo lunar del Apollo 11— Snoopy llegó a la Luna. “¡Lo conseguí! ¡Soy el primer Beagle en la Luna!”, decía en la tira de aquel día un Snoopy provisto de un casco espacial, añadiendo: “He vencido a los rusos... He vencido a todo el mun-

¿Cuántos no se habrán sentido como Carlitos, que buscaba siempre cosas que nunca conseguía?

La pandilla siempre tuvo humanidad, una compleja y con frecuencia atormentada humanidad

do... ¡Incluso he vencido a ese estúpido gato de la casa de al lado!”. Dos meses más tarde, el módulo de mando de la misión Apolo 10 fue bautizado con el nombre Charlie Brown, y el módulo lunar, todavía no tripulado, que se utilizó para descender a la Luna, se llamaba Snoopy. Sí, me parece que si hay que reencarnarse, que sea en un perro, pero no en un perro cualquiera: ¡Quiero ser Snoopy! •

Schulz, Carlitos y Snoopy: Una biografía. David Michaelis. Traducción de Óscar Palmer Yáñez. Es Pop Ediciones. Madrid, 2010. 607 páginas. 28 euros. **Celebrating Peanuts by Charles M. Schulz: 60 years.** Paige Braddock y Alexis E. Fajardo, editores. Andrews McMeel Publishing, LLC. Kansas City, 2010. 534 páginas. www.schulzmuseum.org.

+ EL PAÍS.com

► **Primeras páginas de Carlitos y Snoopy: Una biografía, de David Michaelis.**

ser un ecologista serio requiere, sobre todo, sentido del humor. Cyril Pedrosa, antiguo militante de los Verdes, retrata en este cómic ligero y divertido su vida “ecológica” en Francia junto a su mujer y sus dos hijos. Su compromiso implica continuas disyuntivas alternativas y deriva en situaciones tan absurdas como cómicas. Como cuando la piscina de plástico donde juegan los niños se convierte en una ciénaga ante la negativa de los padres de utilizar cloro. O cuando la ropa se llena de manchas porque rechazan lavar con lejía. Las decisiones políticas dejan, efectivamente, huellas. Pero Pedrosa sabe que no hay nada como la ironía para equilibrar la utopía con el principio de realidad. Y así se burla de sí mismo cuando cuenta cómo tiró un manual para construir casas con paredes de paja que entusiasmaba a su mujer. O cuando confiesa entregarse a sus placeres prohibidos —el queso, las salchichas cóctel...— en los viajes de trabajo. ¡Ah, los extraños pecados ecologistas! O cuando relata cómo la presencia de piojos en las cabezas de sus hijos bastó para desbaratar sus sofisticados argumentos a favor de los tratamientos “no químicos”. Pedrosa ya ha terminado la segunda entrega. **N. B.**